

*Hace pocos años Isabel Navarro estudiaba el tema del «Mando Económico» partiendo de una interesante pregunta: ¿Qué sucedió en Canarias cuando el recién instituido Gobierno del General Franco decidió que, por la excepcional situación geográfica del archipiélago, era preciso mantener en las Islas una forma de gobierno singular, distinta a la existente en el resto del territorio? Su duda se planteaba tras observar cómo en los años de la postguerra, en Tenerife —o incluso Las Palmas— se viene manteniendo una arquitectura racionalista que poco tiene ya que ver con la que en aquellos momentos se plantea, en la península, por parte de la Dirección General de Regiones Devastadas: en este sentido estudiaba cómo la autoridad militar máxima en Canarias tuvo capacidad de decisión para formular planes de urbanismo, para regular y dictar líneas arquitectónicas y, lo que es más importante, para plantear entonces una pervivencia de los modelos desarrollados de la República, que se mantienen hasta casi los años 50. Este hecho le permitía así entrar en una importante valoración sobre cuál fue el sentido de la arquitectura llamada «Racionalista», cuál fue la lógica de aquellas actuaciones y, sobre todo, cómo se podía explicar que aparentemente un régimen contrario a los ideales culturales de la República, decidiera —en una situación un tanto excepcional y militar— continuar las investigaciones propuestas en aquel momento.*

*El estudio que ahora presenta Isabel Navarro trata sobre un aspecto igualmente interesante y que liga con su primera investigación: el análisis de cuál es la situación arquitectónica en Canarias en los años previos a la República y también tras la proclamación de ésta. Su intención ahora es clara, puesto que no pretende ofrecer un catálogo de opciones o soluciones, sino que intenta introducirse dentro de un Debate general existente en Europa sobre el sentido, alcance y proyección del Racionalismo. Quienes se hayan interesado*

por el tema sabrán cómo, durante años, aparentemente hubo un cierto debate y polémica entre dos pueblos bien distintos como eran Madrid y Barcelona: frente a ciertas opiniones de Oriol Bohigas, defendiendo la singularidad y carácter «ortodoxo» de la arquitectura formulada por el GATEPAC, Madrid oponía, por el contrario, la necesidad de establecer supuestos distintos: en este sentido, cuando algunos intentamos comprender cuál fue la realidad arquitectónica formulada en el Madrid de los años de la Dictadura del General Primo de Rivera y de la República, vimos con sorpresa que los esquemas no se ajustaban en absoluto a los que ya había formulado y propuesto Oriol Bohigas en sus investigaciones: según él, las opciones madrileñas eran «heterodoxas», como lo eran al mismo tiempo el resto de las propuestas formuladas en el país, con la excepción quizás de algunos ejemplos existentes en el País Vasco y otros formulados en Canarias.

Desde este esquema se comenzó a definir una noción nueva: el Centro y Periferia cultural significaban ahora la capacidad de gestar soluciones y, en ese sentido, la misión asignada a la Periferia consistía en entender de forma más o menos brillante las propuestas del Centro. A partir de este momento quizás algunos planteamos un quiebro con respecto a esa línea: comenzamos a formular cómo tanto la opción de Madrid como de Barcelona no eran sino respuestas, a su vez, periféricas ambas al gran debate que se estaba formulando en un ambiente distinto, en un espacio diferente: en este orden la referencia a la discusión establecida en los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna señala cómo unos pudieron mantener y desarrollar una línea, mientras que, otros por el contrario, optaron por propuestas de orden distinto. Barcelona, es sabido, valoró fundamentalmente las propuestas establecidas por Le Corbusier y en este orden el pequeño grupo de arquitectos que constituyó el GATCPAC tuvo como preocupación fundamental seguir las pautas definidas por el maestro en el Congreso de La Sarraz, y su gran propuesta urbana radica en el proyecto del Plan Macià.

Frente a ello, Madrid adoptó una actitud distinta: las preocupaciones de los arquitectos se centraron en comprender cuál era la gestión municipal, cómo se desarrollaron las propuestas de planes, cómo se formulaba la discusión sobre la vivienda, cuáles eran las propuestas de células, cuáles eran las opciones tipológicas... Dicho de otra forma, en Madrid tampoco hubo originalidad ninguna sino que únicamente se había optado —poco años antes— por analizar los supuestos formulados primero por los arquitectos alemanes y después por el grupo que a duras penas se integrará dentro de las preocupaciones establecidas en el II y III Congreso del CIAM.

En este orden, Madrid y Barcelona queda claro que fueron Periferia: Periferia de un debate importante, de un debate en el cual se establecieron pautas de un nuevo conocimiento y, lo que en mi opinión es más destacable, a

*través quizás del propio debate mantenido en la península se pudo comprender el alcance y el significado de la nueva voluntad de ordenar la ciudad, de plantear una ordenación distinta y, de valorar de forma nueva qué se entendía como accesorio y qué era lo fundamental en la transformación de la ciudad.*

*Veamos entonces la evolución y el sentido de la arquitectura gestada en Canarias: el profesor Sergio Pérez Parrilla estudió, hace ya algunos años, el tema del Racionalismo en Las Palmas por vez primera; en un gran trabajo formulado en fecha temprana, cuando evidentemente no se había desarrollado tal y como hoy se concibe un amplio debate teórico, el trabajo de Pérez Parrilla era de singular importancia puesto que analizaba fundamentalmente las propuestas formales, discutía la presencia de algunos arquitectos y, en este sentido, apuntaba cómo el tema del Racionalismo en Las Palmas debía de identificarse con la aceptación por parte de una burguesía culta con la propuesta de una «nueva moda» establecida y difundida en la Europa de los años veinte. Sin embargo en el estudio de Pérez Parrilla existía un punto confuso: apenas si aparecían comentarios sobre el fenómeno arquitectónico y urbano en Tenerife, y no se estudiaba tampoco el alcance que pudo tener una publicación tan importante como «Gaceta de Arte» en una ciudad en la que evidentemente existía un poso cultural y donde el debate tuvo singular trascendencia. La presencia de algunos edificios formalmente importantes (el Cabildo, por ejemplo) quizás ofuscara excesivamente la visión global del profesor Pérez Parrilla y lo hiciera derivar hacia un intento de confrontar —en el ánimo así de valorarla— la experiencia de Las Palmas intentando entonces identificarla con la arquitectura desarrollada por el GATEPAC.*

*Sin duda lo más novedoso del trabajo realizado por Isabel Navarro consiste, precisamente, en saber situar las dos culturas antes citadas (Barcelona y Madrid) en su auténtica dimensión: como Periferia de un debate europeo; en este sentido, la línea marcada por su trabajo consistirá en ignorar voluntariamente las experiencias peninsulares, entendiéndolas como periféricas, y asume la posición de jugar una carta de la misma importancia y del mismo papel al señalar de qué forma si también la actividad desarrollada en Canarias es Periferia, la referencia periférica debe de entenderse frente al Centro: por ello su preocupación no va a ser contrastar piezas de arquitectura tinerfeña con modelos formales madrileños o catalanes sino, por el contrario, en explicar el sentido y alcance del Racionalismo, en entender de qué forma comienza a gestarse una nueva valoración y visión de la ciudad, en criticar la visión corta de una burguesía que rechaza por ejemplo la formulación de una fachada racionalista señalando cómo ésta carece de ornamentación y, apuntando sobre todo, en qué sentido la opción Racional sobre la ciudad va a ser más que una mera «arquitectura de moda» hecho por el cual podrá mantenerse esta opción en los años posteriores a la guerra.*



*En el trabajo de Isabel Navarro no vamos a encontrar pues ninguna referencia ni a la arquitectura de Madrid o Barcelona ni tampoco al desarrollo de modelos formales: su preocupación —dentro de una línea en realidad esbozada por los teóricos alemanes de los años veinte— se centra fundamentalmente en entender la respuesta de Canarias dentro de un contexto global: podríamos analizar la visión de Bilbao de 1926, los proyectos de Burgos de 1929, los de Sevilla de 1930, el gran proyecto de Ceuta del mismo año, el proyecto de transformación de Madrid de 1929-31, el de Badajoz de 1933 o el de Logroño de 1935. Todos ellos parten entonces de una valoración de la ciudad, de un estudio de lo que significa la propuesta de extensión —entendida ahora de forma distinta al ensanche— de un análisis de vivienda y, lo que es más importante, situando entonces la gran opción y propuesta dentro de una valoración que rechaza en algún sentido la forma y opta por la transformación de la ciudad. ¿Cómo llega Tenerife a este supuesto? De nuevo Isabel Navarro opta por reflejar un rechazo casi total de la cultura peninsular y señala, como punto fundamental, la influencia que ejercieron los cinco manifiestos de «Gaceta de Arte» dentro de un ambiente general: «Gaceta de Arte» defenderá en un cierto momento la propuesta de fachada de Miguel Martín, rechazada por el Ayuntamiento; propone lo que debe ser el ensanche y desarrollo de la ciudad obrera; analizadas las ideas de Hilberseimer, conscientes que son contrarias y, casi antagónicas, a los supuestos formales esbozados por Le Corbusier... Gracias entonces a este bagaje cultural, que determina una línea específica dentro de la arquitectura de Canarias, Isabel Navarro introduce una polémica componente si bien no la formula de forma clara, quedando latente a lo largo de todo el trabajo: el contraste y diferencias existentes entre la arquitectura de Las Palmas frente a Tenerife. Puesto que solo conocemos de Las Palmas el trabajo realizado por Pérez Parrilla, en él se ve —como he comentado en un principio— la preocupación por identificarse con los esquemas formales enunciados en Barcelona; por el contrario, Tenerife rompe con la Periferia peninsular e intentará ligarse, directamente, a la cultura europea: en este sentido, las constantes citas y referencias que propone «Gaceta de Arte» sirven para definir la revista no como órgano de expresión de una publicación provinciana sino, por el contrario, como pauta de reflexión de una cultura cuya única dependencia es el debate centro-europeo.*

*¿Cómo se explica entonces que en los años posteriores a la guerra se siguiera desarrollando una arquitectura racionalista? La contestación viene tras el detenido análisis y estudio de los principales arquitectos que realizaron su trabajo en Canarias: señalará cómo la opción racionalista se entiende, por algunos, incluso como reflejo de un saber particular y natural de las Islas, y por ello poco importa que en ciertos momentos se siga planteando una arquitectura neo-canaria, que contraste con la claramente Racionalista o incluso con la monumentalista. En los años posteriores a la guerra —y esto es, en mi opinión, otro de los grandes logros del presente trabajo— se diferencia entre*

*el lenguaje formal Racionalista que se aplica a ciertas obras arquitectónicas y la antigua visión de la ciudad que habían planteado los estudiosos dependientes del debate centro-europeo.*

*El libro que nos ofrece pues Isabel Navarro parte —e insisto entonces— de una singularidad: de alejarse de un debate localista (entre distintos puntos de la Periferia) y optar, voluntariamente, por referirse al debate central; desde esta óptica los estudios urbanos tienen un sentido nuevo, la importancia de «Gaceta de Arte» se ve desde una valoración distinta: y de su trabajo entendemos cómo la ciudad de Santa Cruz de Tenerife en 1930 se encontraba más próxima a Berlín o Hamburgo que a Las Palmas o Barcelona.*

CARLOS SAMBRICIO RIVERA-ECHEGARAY